

El auge de los megarricos

Joan Planellas. Arzobispo de Tarragona

19 jun 2026 - 11:15

- **La concentración creciente de riqueza en manos de una minoría —los llamados «megarricos»— constituye uno de los fenómenos más significativos de la economía contemporánea.** Lo trata ampliamente la encíclica *Magnifica humanitas*, sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial, del papa León XIV, publicada hace pocos días. Se trata de los nuevos «señores» de la economía digital. Son los nuevos magnates, oligarcas tecnológicos y multimillonarios, que acumulan poder económico, datos e influencia global, hasta el punto de influir en la opinión pública y en el control de los algoritmos, con un impacto directo sobre las condiciones y el trabajo humano.

Este proceso se produce en un contexto marcado por la finitud de los recursos naturales y por una crisis ecológica global, que cuestiona los fundamentos del modelo de crecimiento ilimitado. **Desde una perspectiva eclesial, esta realidad no puede ser interpretada únicamente con categorías técnicas o económicas: exige una lectura moral y teológica, en fidelidad a la Doctrina Social de la Iglesia.**

La tradición social católica parte de un principio fundamental: la economía está subordinada a la persona y al bien común. Ya desde la *Rerum Novarum* de León XIII, la Iglesia ha insistido en que los sistemas económicos deben respetar la dignidad humana y garantizar condiciones justas para todos. Esta intuición se desarrolla posteriormente con el principio del destino universal de los bienes: la creación ha sido dada por Dios a toda la humanidad y, por tanto, la propiedad privada —aunque legítima— está siempre gravada por una «hipoteca social». En un planeta de recursos limitados, esta afirmación adquiere una urgencia renovada: la acumulación extrema no es solo una desigualdad social, sino también una cuestión de justicia distributiva y ecológica.

El fenómeno de los megarricos pone de manifiesto una tensión estructural del sistema económico contemporáneo: la tendencia a considerar los recursos como ilimitados y los deseos humanos como infinitos. Es otra de las cuestiones de fondo planteadas por León XIV en su encíclica. Esta lógica ya había sido fuertemente criticada por el papa Francisco en la encíclica *Laudato si'*, donde denunciaba el paradigma tecnocrático que legitima la sobreexplotación de la naturaleza y una economía orientada exclusivamente al beneficio. Según esta visión, la concentración de riqueza no es un accidente, sino el fruto de un sistema que prioriza la acumulación por encima del bien común e ignora los límites ecológicos.

En este contexto, la Doctrina Social de la Iglesia propone una antropología alternativa. Como recordaba san Juan Pablo II en *Laborem Exercens*, el trabajo humano —y por tanto la persona— tiene primacía sobre el capital. Esta afirmación subvierte la lógica que sostiene la acumulación extrema: el capital no es un fin en sí mismo, sino un instrumento al servicio de la vida humana. Cuando el capital se concentra de manera desproporcionada, se corre el riesgo de que la persona quede subordinada a la economía, algo que la Doctrina Social considera moralmente inaceptable.

Vuestro

† Joan Planellas i Barnosell

Arzobispo metropolitano de Tarragona y primado

Encuentros con la Palabra

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO A (MATEO 10, 26-33) – 21 DE JUNIO 2026

“No tengan miedo a los que pueden darles muerte”

Hermann Rodríguez Osorio, SJ*

[Hermann Rodríguez Osorio](#)

20 jun 2026 - 18:50

San Hilario de Poitiers vivió en el Siglo IV, en la época del emperador Constancio, hijo de Constantino. La Iglesia atravesaba una etapa de expansión y estrenaba legitimidad, habiendo sido declarada, ya no sólo religión permitida, sino *Religión oficial del Imperio*. Aparentemente, se trataba de un momento *bueno y deseable*; sin embargo, después tantas persecuciones y martirios, durante los primeros siglos, los cristianos habían comenzado a tener un estilo de vida mediocre y cada vez más instalado, en una Iglesia que se iba haciendo rica y poderosa. En estas circunstancias, San Hilario escribe unas palabras que me vinieron a la memoria al leer el texto del Evangelio de Mateo que nos propone la liturgia para el domingo XII del tiempo ordinario, en este ciclo A:

"¡Oh Dios todopoderoso, ojalá me hubieses concedido vivir en los tiempos de Nerón o de Decio...! Por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, yo no habría tenido miedo a los tormentos (...). Me habría considerado feliz al combatir contra tus enemigos declarados, ya que en tales casos no habría duda alguna respecto a quienes incitarían a renegar... Pero ahora tenemos que luchar contra un perseguidor insidioso, contra un enemigo engañoso, contra el anticristo Constancio. Este nos apuñala por la espalda, pero nos acaricia el vientre. No confisca nuestros bienes, dándonos así la vida, pero nos enriquece para la muerte. No nos mete en la cárcel, pero nos honra en su palacio para esclavizarnos. No desgarrá nuestras carnes, pero destroza nuestra alma con su oro. No nos amenaza públicamente con la hoguera, pero nos prepara sutilmente para el fuego del infierno. No lucha, pues tiene miedo de ser vencido. Al contrario, adula para poder reinar. Confiesa a Cristo para negarlo. Trabaja por la unidad para sabotear la paz. Reprime las herejías para destruir a los cristianos. Honra a los sacerdotes para que no haya Obispos. Construye iglesias para demoler la fe. Por todas partes lleva tu nombre a flor de labios y en sus discursos, pero hace absolutamente todo lo que puede para que nadie crea que Tú eres Dios. (...) Tu genio sobrepasa al del diablo, con un triunfo nuevo e

inaudito: Consigues ser perseguidor sin hacer mártires" (Jesús Álvarez Gómez, *Historia de la Vida Religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, Volumen I, 1987, 170).

.....

En lugar de dejarnos cooptar por los halagos de una sociedad cada vez más opulenta y suficiente, tenemos que ser testimonio vivo de una propuesta que, efectivamente, contraste con lo que nos invita a vivir el orden establecido. De lo contrario, como en la época de San Hilario, terminaremos siendo apuñalados por la espalda, mientras nos acarician, delicadamente, el vientre.